

apostolado de esa religion exterminadora que avanzaba, como una marea creciente, sobre la Europa espantada, y venia á estrellarse rugiendo contra todas las barreras que la civilizacion cristiana oponia á la barbarie. Ya habeis pronunciado el nombre del islamismo, de otro modo llamado con el nombre de su fundador, el mahometismo.

No me detendré á demostraros largamente que el porvenir del mundo y el progreso del género humano nada tienen que pedir á esa religion del fanatismo, de la sensualidad y de la matanza.

De qué es capaz el mahometismo, como potencia política, no hay necesidad de decirlo. Bajo este aspecto, vosotros todos murmurais en voz baja la palabra profética: ¡cadáver!... Momia todavia envuelta con las vendas de la diplomacia europea, y embalsamada con los aromas de los periódicos oficiales ú oficiosos. Las grandes potencias asechan el cadáver, y aguardan la hora de la disolucion para dividirse las trizas.

Pero no tenemos aquí que ocuparnos de las potencias políticas; buscamos la potencia religiosa capaz de marchar á la cabeza de la verdadera civilizacion. Ahora bien, ¿qué es el islamismo como religion y de qué es capaz para el progreso del mundo? Extraño amalgama de judaismo, de cristianismo y de deismo, la religion del Islam carece absolutamente de originalidad. No tiene ni un dogma ni un culto de su creacion. Y sin embargo, no puede negarse que el islamismo ha adquirido sobre millones de almas un ascendiente profundo; ha creado un entusiasmo y un fanatismo religioso que el trascurso de los siglos no ha podido extinguir ni resfriar enteramente. ¿De qué depende, en lo pasado, esa maravillosa posesion de las almas por el mahometismo? ¿Qué debemos esperar de él para la marcha y la grandeza del porvenir? Es cosa verdaderamente digna de ser meditada: lo que ha hecho su fortuna es lo que lo condena precisamente á una irremediable decadencia. El éxito del mahometismo consistió en la extraña alianza que formó, en el hombre, de la reli-

gion y de la sensualidad, del culto de Dios y del culto de la carne, en una palabra, del ángel y de la bestia. Aristóteles ha dicho: "El hombre es un animal religioso." El islamismo ha desdoblado al hombre, ha puesto de un lado el *animal*, y le ha arrojado, para satisfacer sus deseos, el pasto de los placeres sensuales; ha puesto del otro lado el ser *religioso*, y le ha dado para satisfacer sus mas sublimes instintos, un Dios que adorar y un cielo que poseer; y este cielo, era todavia un cielo de placeres. Como Budha y como Lutero, en otro tiempo y en otras circunstancias, ha tomado la humanidad por los dos extremos. Con una religion que no exige ni el sacrificio, ni la abnegacion, ni la mortificacion, le ha permitido todos los placeres de la tierra y prometido todos los placeres del cielo.

Empero, esta monstruosa liga que le proporcionó, con la ayuda de la espada, un triunfo tan fácil, es al mismo tiempo la demostracion de su impotencia para elevar á la humanidad. Es que la alianza del sentimiento religioso y los placeres sensuales no es solamente en una religion la señal de la inspiracion satánica; es la infalible profecía de la decadencia humana y del abatimiento social. Así tambien, ved lo que ha obrado el mahometismo en los hombres sujetos á su imperio. El espectáculo está frente á vosotros y no teneis mas que mirar. Religion viva aun, no con la vitalidad que produce y fecunda, sino con la vitalidad que destruye y arruina, el islamismo se señala por un parto extraño, y siempre mas ó menos semejante á él mismo. ¿Qué parto, preguntais? ¡Ah señores! Un parto contra la naturaleza, un parto monstruoso, el único de que son capaces el mal y el error, ¡el parto de la esterilidad! El hálito del Islam devora la civilizacion con las flores y frutos que esta produce; seca las fuentes de la vida; agota la fecundidad; crea el desierto, y vive y muere, como en su heredad, en el desierto que ha formado.

¡Hablaré yo ahora de una religion todavia mas cercana á nosotros por la afinidad y el origen que á ella nos unen, de la religion que fué nuestro bosquejo y de que somos

complemento? ¡Religion santa, religion primitiva, la única religion verdadera si el cristianismo no existiese: religion cuyas títulos auténticos conservamos nosotros mismos hace diez y nueve siglos, con una solicitud zelosa, y que, por su parte, con un antagonismo tenaz, permanece como un testimonio viviente de nuestros orígenes y de nuestra veracidad! ¡Religion de Israel, yo te saludo! ¿No eres tú quien conservas el poder que buscamos?...¿No eres tú quien llevas en tu libro, ese gran libro del género humano, el secreto de nuestro pasado? ¿No eres tú tambien quien guardas en tu pecho el secreto de nuestro porvenir?

Señores, ¿qué pensais? ¿Guarda Israel para nuestro mundo moderno el secreto de la resurreccion; Israel, que hace cerca de dos mil años arrastra en el polvo de los caminos los pliegues de su desgarrada vestidura; Israel, que lleva consigo la sombra siempre grande, pero triste, de su religion desvanecida en las catástrofes predichas por sus profetas?...¿Israel, religion sin patria, sin pontífice, sin sacerdocio; sin altar y sin sacrificios; Israel, estacionaria, inmoble, frente al género humano que marcha, se transforma y crece; Israel, obstinada en encerrarse en la muerte de la letra, cuando en torno suyo hace siglos que brilla el espíritu y que la nueva vida florece y se extiende por todos lados!...¿Es ahí, en verdad, entre esas ramas esparcidas por el mundo, y que no tienen ya para unirse y vivir con una misma vida mas que el soplo nacional, es ahí donde se encuentra el germen del porvenir?...¿Hijos de Israel! ¡Ah! ¡Yo os lo ruego, no veais en estas palabras ni un ultrage para vuestra religion, ni una injuria para vosotros! Os amamos como uno ama la raza de sus antepasados; porque vosotros sois la raiz gloriosa sobre la cual germinó en Cristo y por Cristo el mas hermoso tallo que haya florecido en la humanidad. Pero tenemos el derecho de preguntaros lo que nos prometéis y lo que podemos esperar de vosotros.

¡Ah, Señores! Aun cuando Israel disperso hubiera conservado, á través de sus peregrinaciones seculares, todo su zelo

por la ley y todo su ardor de proselitismo, ¿quién podria creer que el mundo, que hace ya dos mil años vive con la gran sávia cristiana, consentiria en retrogradar dos mil años para reanudar la cadena de una tradicion rota hace veinte siglos?

Pero ¿es así en realidad? Todos esos hijos de la dispersion lanzados sobre todos los caminos, en todas las comarcas y en todas las plazas de los pueblos, ¿creeis que tengan todos ellos por la ley mosaica y la religion de Israel, el zelo de Mathatias y el heroismo de Judas Macabeo? ¡Cuán lejos estamos, oh Dios de Abraham y de Jacob! Lo que pasa en este respecto, en las esferas inferiores de las poblaciones israelitas, lo ignoro, ó al menos lo sé muy poco para atreverme á proclamarlo aquí. Pero hay una cosa que ni yo ni vosotros podemos ignorar, y es que la mayor parte de los Israelitas, extraviados por nuestras grandes ciudades, son honrados racionalistas, muy extraños á las cosas religiosas, y que no conservan con relacion á la religion de Judá, mas que el orgullo de la sangre y la susceptibilidad de la fibra nacional; indiferentisimos á las prescripciones del culto mosaico, pero muy codiciosos en los juegos de la fortuna, é infinitamente mas ardientes en la adoracion del Dios-capital que en la adoracion del verdadero Dios de Israel.

¡Oh pueblo sin patria! ¡Oh religion sin altar! No os enoje el oírlo: ¡el aliento que os tenia unidos en el templo de Jehová se ha extinguido entre vosotros, y no os resta mas que el soplo de la tempestad que os ha dispersado y os dispersa siempre á los cuatro vientos del cielo! ¿Qué hacéis por el mundo, con esa mirada fija en el porvenir? ¿Qué buscáis con ese libro en las manos y esa esperanza en vuestras almas? ¿Buscáis al Mesias? ¡Ah! Vedlo ahí, al Mesias que pasa delante de vosotros, arrebatando con él en su marcha gloriosa á la humanidad trasformada: y hé aquí que esta hace resonar en derredor de su triunfo universal y secular, pero con una solemnidad bien diversa, aquel grito con que vosotros lo aclamabais un dia en Je-

rusalen: *Hosanna filio David!* ¿Porqué sois vosotros los únicos que no veis esa marcha triunfal que os pasa delante, de siglo en siglo y de país en país? ¿Buscáis al Mesías? ¡Vedme aquí, exclama el Salvador del mundo; vosotros sois la profecía; yo soy la historia profetizada por vosotros mismos: mía es la salvación de todos, mio el progreso de las naciones!

Sí, señores, mas alto que todas las religiones frente á las cuales acabamos de pasar en nuestra rápida carrera; mas alto que el mismo Israel, esa grande institucion religiosa de que somos nosotros el complemento anunciado por los profetas, Cristo levanta su cabeza divinamente ilustrada y nos grita á todos: La religion, la verdadera religion, la religion definitiva, la religion que ha de elevar la humanidad á toda su altura y llevarla al esplendor de mi gloria, á su destino supremo, esa soy yo. Yo solo he fundado la religion del progreso; en vano buscariais algo mas alto, y algo mas fundamental. Todo lo que no estribe sobre mí en religion se desplomará, y todo lo que se quiera elevar sobre mi cabeza será herido por el rayo. Venid, venid todos; vuestro progreso consiste en acercaros á mí, y vuestra decadencia en alejaros. Veinte siglos os gritan tras de mí: Hemos crecido por el cristianismo; y oigo á millones de millones de voces que gritan desde el fondo del porvenir: Abrid vuestras puertas, ved ahí á Cristo que viene, y con él la humanidad atada á su carro, siguiendo, gloriosa y creciente, la via ascendente de su destino.

Pero, Señores, me parece oír aquí á todo el génio del racionalismo moderno elevar en nombre de la razon su solemne protesta. Sea enhorabuena, dice, no tenemos reparo en concederlo; entre todas las religiones positivas que aparecen en la humanidad, el cristianismo es la mas grande. Con vendremos aun en que "el cristianismo solo está en posesion de un porvenir." Y si el progreso de la humanidad estuviese vinculado á los destinos de una religion positiva cualquiera, estaria hecha ya nuestra eleccion. Pero aquí está precisamente la gran cuestion que atormenta á nues-

tra sociedad viviente. La humanidad ha de tener una religion, sí, porque es esencialmente religiosa, y así lo concedemos. Pero lo que hay de exterior, de convenido, de positivo en la religion, ¿constituye esto en verdad la religion misma? ¿No hay una religion perpetua, universal, uniforme, que domina á todas las religiones positivas, aun al cristianismo, á menos que el cristianismo no venga á resolverse en ella? Esta religion, de que todo hombre tiene la revelacion en el santuario íntimo de su corazon y de su conciencia, ¿no es la verdadera y única religion del porvenir? Si el cristianismo es un progreso sobre todas las religiones positivas, ¿no es la religion natural un progreso sobre el mismo cristianismo; no puede decirse que el mundo nuevo le pertenece?

Hé aquí lo que vamos á examinar.

## II.

El génio racionalista de nuestra época condena con mucha facilidad todas las religiones positivas. Todas, segun él, están convictas de igual impotencia y condenadas de hoy en adelante por el espíritu humano. Las religiones, dice, que imponen tal símbolo, prescriben tal práctica, observan tales ceremonias, funcionan por medio de tal organizacion, son todas verdaderas y son todas falsas: verdaderas, si se les considera en su fondo; falsas, si se les mira en su superficie. El espíritu y el sentimiento religioso que viven bajo esos cultos exteriores y esas formas simbólicas, es el fondo de la religion; es la religion misma, la religion universal, que debe un dia reunir todas las inteligencias libres de las servidumbres de la letra y de las supersticiones de la forma, para hacernos respirar en una region mas elevada el aire puro de la vida religiosa. En dos palabras, en la superficie hay la ficcion eterna de las religiones positivas; en el fondo hay la sustancia inalterable de la religion natural, la única verdadera, la única suficiente.

En verdad, Señores, que no somos nosotros los que hemos de disputar la legitimidad de esa religion llamada na-

tural. Toda religion positiva, cristiana ó no, supone en su base una religion natural, y una de las señales mas ciertas de la falsedad de una religion positiva cualquiera, es el mentir, con alguna de sus creencias ó de sus prácticas, á la religion fundamental que debe hacer postrarse en adoracion á todo ser creado que conoce á su Creador. No se trata, pues, aquí, de desdeñar esa religion esencial que liga con sus divinas cadenas á todo ser inteligente y libre; ni mucho menos de hacer vacilar en las almas la certeza de los deberes que ella impone á todos los que, á falta de otra doctrina y otra revelacion, segun la observacion de San Pablo, han de ser juzgados por ella. Se trata, sí, de saber, si esa religion legítima, santa, obligatoria, es una religion suficiente; se trata de saber si puede adquirir en la humanidad un ascendiente bastante profundo y formarse un imperio bastante poderoso para llevar á cabo la mision sublime que la Providencia ha señalado á la religion: dirigir al género humano.

Pues bien, Señores: que los despreciadores de la religion positiva nos permitan decirlo, la evidencia de las cosas y la evidencia de los hechos nos obligan á reconocer, y nos mandan proclamar que la religion puramente natural no basta para gobernar el mundo é impelerlo por la via del progreso. La voz de las cosas nos dice: eso no puede ser. La voz de los hechos nos dice: eso no sucede ni ha sucedido jamás.

Una religion, para ser verdaderamente eficaz, debe ser capaz de llegar á la vez al *entendimiento*, á la *conciencia* y al *corazon*; cuando la religion puede sujetar á las generaciones con este triple vínculo, entonces su accion es verdaderamente eficaz y su ascendiente verdaderamente soberano. Pero ¿dónde están, en la religion puramente natural, esas tres grandes potencias cuya alianza es necesaria para asegurar el progreso de la naciones?

Ante todas cosas, dónde está su poder para reinar sobre el entendimiento y producir en las multitudes la vida intelectual? Para que la humanidad viva intelectualmente,

le es necesario el resorte de la creencia; y para que el resorte de la creencia le imprima el movimiento, le es necesario un símbolo. Sin ese centro doctrinal que hace se dirijan á él las fuerzas intelectuales, esas fuerzas están condenadas á la divergencia; su divergencia engendra el escepticismo, y el escepticismo produce la muerte ó al menos enerva las inteligencias. Los pueblos mas fuertes intelectualmente no son aquellos en que se crean mayor número de sistemas y filosofías, mas ó menos contradictorios; son aquellos en que el pensamiento popular, fuerte en su unidad, conserva mas verdades ciertas, soberanas, constantes; tan ciertas que ningun escepticismo las conmueva; tan soberanas que gobiernen toda la vida; tan constantes y tan inalterables que su antorcha siempre encendida alumbre el alma de las multitudes, como la luz del sol, siempre antigua y siempre nueva, alumbra toda la naturaleza. Sin ese *credo* de la verdad cierta, soberana y permanente, puede haber sabios aislados, pero no hay la gran vida intelectual de las naciones.

Pero, Señores, para todas las religiones puramente naturales, no emanadas de revelacion alguna, ni de alguna autoridad positiva, aquí está precisamente la dificultad; crear el *credo* de la fé y de la certeza popular. Aquí la fuerza de las cosas desafía al poder del génio; y todas las filosofías, sea cual fuere la celebridad de sus sistemas y de sus autores, tienen que hacer aquí la confesion comun de una comun impotencia. Aun cuando algunos raros filósofos pudiesen arrancar en el naufragio universal de las doctrinas sumergidas por las crecientes olas de todos los escepticismos, algunos restos de la verdad religiosa, y formarse con ellos una especie de *credo* solitario repetido en voz baja en el silencio de su pensamiento, ¿lo lograrían alguna vez los pueblos? ¡Ah! La grande alma del género humano es como el alma del justo; vive de su fé; vive de la verdad cierta y definida: y es propiedad de las religiones puramente naturales el dejar al alma del pueblo la herida de la duda y la incurable miseria del indefinido.

La religion progresiva debe hacer mas todavía que crear el *credo* de la verdad cierta y definida para la vida de las inteligencias; debe crear para el gobierno y la vida de las conciencias una legislacion moral que lleve consigo su certeza y su sancion; una legislacion que imponga, precise y determine todos los grandes deberes de la vida, y que los pueblos acepten sin discutirlos, porque, cuando el deber se discute, cuando el precepto se pone en duda, cuando la ley es incierta, el deber, el precepto, la ley, se niegan implícitamente. ¡Ay de las naciones cuando la duda y la negacion vienen á conmovier, en el santuario de la conciencia, los deberes fundamentales y las obligaciones supremas! ¡Ay de las naciones cuando las turbas sienten vacilar en medio de ellas las grandes bases del órden moral. Si se les da la fuerza necesaria, llegará un dia en que rompan todos los frenos, en que salten todas las barreras que solo la conciencia opone á las pasiones que se desbordan. La muchedumbre es como un fogoso corcel que el mas hábil ginete no puede contener y dirigir sino despues de haberle hecho morder con la boca espumante el freno moderador. Ahora bien, el freno moderador que sujeta las pasiones populares, es la ley moral que llega á la conciencia; y quien pone el freno y lo hace aceptar, es la autoridad, una autoridad que entra como en su terreno, en el mas íntimo santuario de la conciencia humana.

¿Dónde están las religiones puramente naturales que puedan adquirir sobre las conciencias ese imperio eficaz? ¿Y porqué, y cómo, y con qué título podrian adquirirlo? Indecisas, vagas, flotantes cuando se trata de determinar el dogma y de crear la fé, lo son mucho mas todavía cuando se trata de determinar la moral, de crear los preceptos y de hacerlos aceptar. ¿Puede hallarse un hombre que encuentre esas prescripciones bastante claras y esos mandamientos bastante precisos? ¿Puede ser!... Pero, Señores, tened á bien no olvidarlo: así como se trataba hace un instante de la creencia no de tal ó cual hombre, sino de todos los hombres, se trata ahora, no de tal ó cual virtud indi-

vidual, sino de la virtud popular; se trata de la conciencia del género humano; se trata de crear, para cada uno y para todos, un código de virtudes, completo, adecuado, claro, definido, obligatorio, que lleve en la claridad de su evidencia la certeza de su sancion; se trata sobre todo de encontrar, al par que el poder de formularlo, el poder, sobrehumano de un modo bien diverso, de hacerlo aceptar. Ahora bien, sea lo que fuere de algunas raras excepciones, es cierto que para las multitudes, es decir, para casi todos los hombres, las prescripciones morales que impone la religion puramente natural, flotan, todavía mas que sus dogmas, en lo vago del indefinido, y se estrellan en la impotencia. ¿Y no habeis oido hace poco á esa religion y á esa filosofía tan orgullosas de sí mismas, hacer en medio de nosotros la solemne confesion de esa impotencia, cuando en una grande asamblea exclamaban por los labios de uno de sus mas célebres defensores, "que era imposible definir lo que ha de entenderse, en una legislacion penal, por un ultrage á la religion y á la moral"? ¡Oh filósofo, aquí hay de que enorgullecerse! ¡Por cierto que valia la pena de consagrar una bella vida entera y todo un claro talento á enseñar al mundo la suficiencia de la moral y de la religion natural! ¿A quién bastará, si te arranca á tí, doctor y maestro en religion natural, esa confesion de debilidad y ese grito de impotencia?

En fin, Señores, hay un imperio mas eficaz aun que ha de ejercer la religion en la humanidad, y que falta muy particularmente á la religion puramente natural, y es el imperio sobre el *corazon*. Mientras la religion no haya entrado en ese gran centro de vida, el corazon, su accion no puede llegar á ser verdaderamente profunda. Para apoderarse de todo en los hombres es fuerza sujetar el corazon. Cuando una religion ha podido penetrar hasta ahí, entonces y solo entonces crea en el corazon humano esos dos grandes seres, el amor y el consuelo; el amor para los demás, el consuelo para sí mismo; el amor que triunfa del egoismo, ese gusano roedor de la vida social; el con-